

Número 87 REPUBLICA DE COLOMBIA Agosto 1.º: 1913

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMXIII

CONTENIDO

Oración pronunciada en la Catedral de Bogotá, al inaugurar el sepulcro del General Antonio Nariño.....	R. M. CARRASQUILLA
Nuevos doctores.	
Sobre la educación.....	LUIS ENRIQUE FORERO
Sor Piedad (poema íntimo).....	JORGE ARTURO DELGADO
Honroso testimonio.	
Cornelio Hispano.....	CIRO MOLINA GARCÉS
Notas literarias.....	LUIS MARÍA MORA
El criterio.....	JAI ME BALMES
Lecciones de Derecho Comercial.	

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de agosto de 1913

ORACION

PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ, AL INAUGURAR EL SEPULCRO DEL GENERAL

ANTONIO NARIÑO

*Ædificavit Simon super sepulchrum patris sui...
ædificium altum visu, lapide polito.*

Levantó Simón sobre la sepultura de su padre, un monumento de piedras labradas que se descubría desde lejos.

I. Macabeos, XIII, 27.

¡Qué misterio tan profundo es la sepultura de un grande hombre! Debajo de aquel mármol no hay sino huesos áridos, ennegrecidos por el tiempo. Y, sin embargo, dentro de ese cráneo vacío hirvió un cerebro en que cupo la libertad de un mundo; allí esplendió el fulgor del genio, que no discurre sino ve, que se adelanta al tiempo, que siempre tiene razón en lo futuro. En las desiertas concauidades de ese pecho latió un corazón grande como la libre América, sereno como las cumbres nevadas del Chimborazo y el Tolima, ardoroso como los volcanes andinos, fecundo como el sol de los trópicos. Ese brazo rígido e inerte blandió la espada vencedora; aquellos huesecillos movieron la pluma, digna de Tácito por grave, de Juvenal por cáustica, de César por sobria, de Cicerón por elocuente. Desde esas órbitas oscuras fulguró la mirada que subyugó

las revueltas multitudes; de aquellas cenizas brotaba la palabra

Terrible como el rayo y luminosa

que llevó al sacrificio millares de hombres, que trocó a los vasallos en ciudadanos, a los tranquilos colonos en heroicos luchadores.

En aquel sepulcro tenéis los restos mortales de NARIÑO. Alabo a Dios, que haciéndome sacerdote y patriota, me deja entrever el misterio de esa tumba. ¡Cómo resplandece ante los ojos de mi alma la doctrina de Cristo! Allí está la materia, que no fue cárcel del espíritu, que no fue el hombre todo, sino elemento sustancial del varón superior que descubrió la nueva patria, como había descubierto Colón el nuevo mundo. ¿Creéis que la inteligencia poderosa, el corazón inmenso, la abnegación más que heroica del PRECURSOR estén bajo aquel marmóreo monumento? ¿O que aquellos dones hayan perecido, cuando nada en la naturaleza se extingue? ¿O que la elocuencia de NARIÑO es hoy la fragancia de una rosa, su abnegación la fecundidad de un grano, y su grandeza y constancia serán la mole incontrastable de una futura montaña? ¡Cuánto más fácil, más humano pensar, con la revelación divina, que el espíritu que animó ese puñado de polvo vive, piensa, ama en el seno del Creador!

Pero no basta. Completos no quedan el lumínico entendimiento, la voluntad señora, sin el cerebro, sin el corazón, sin la lengua, sin la mano. Paréceme que, aun sin mi fe de cristiano, me bastaría mi sentir de hombre para creer en la resurrección de la carne.

Por eso la Iglesia tributa respetuosos homenajes a los restos mortales de sus hijos. No honramos la podredumbre de la muerte, sino al cuerpo, compañero del espíritu y más tarde copartícipe suyo de la eternidad bienaventurada.

Cada hombre resucita el mismo que fue en vida. La recompensa se otorga por las obras buenas. Pero ¿la lumbre del genio, dádiva de Dios, se extingue a la vida futura?

No lo sé, porque la teología nada me dice sobre ello. Mas yo aguardo ver en el cielo a Santo Tomás de Aquino, adornado, no sólo con las auréolas sobrenaturales de virgen y de doctor, sino con la natural del genio incomparable. Porque Dios no quita lo que dio, a menos que intervenga humana culpa, y porque la gracia no destruye la naturaleza, sino la perfecciona.

No a referir la vida y hazañas del héroe, familiares a este ilustre auditorio; no a reclamar admiración y gratitud a la memoria del padre de la patria, porque ellas viven y palpitan en todo pecho colombiano, sino a pagar una deuda de la sangre, a corresponder a honrosa comisión de la Academia Nacional de la Historia, he venido a esta cátedra sagrada. Felizmente, para cumplir mi cometido bástame dejar que el corazón se desborde.

I

“Después de Bolívar, NARIÑO.” Así escribí en la auro-
ra, y repito al acercarse para mí la tarde de la vida. NARIÑO después: por el resultado, no por el propósito; por la gloria, no por el esfuerzo. ¿Quién es primero, el inventor o el que lleva a cima el descubrimiento portentoso; el que traza el plano y asienta las bases de la fábrica, o el que cierra la cúpula que parece sostener el firmamento? ¿Cuáles más dignos de la gratitud de los sabios, Galvani y Volta o Edison y Marconi? No me importa saberlo, y repito con Ortiz, el poeta favorito de mi adolescencia:

A todo bién tributo de alabanza!

A toda noble inspiración un canto!

Hombre sin igual fue NARIÑO. Nacido y criado en una colonia de la monarquía española, concibió primero que nadie el intento de una patria independiente y republicana; sin completar en aulas estudios literarios, es el primero de nuestros escritores, a par de Caldas y antes que Caro viniera al mundo; como orador político y forense, admite

rival, no superior; no tuvo educación militar, y triunfó en cien combates; vio lo que estaba oculto a los ojos del Libertador: lo imposible del régimen unitario para la Gran Colombia; condenó de antemano por la razón lo que ha reprobado la experiencia: la federación en Nueva Granada; fundó la libertad en el orden, e hizo una voluntad sola de hombres de las más encontradas opiniones.

Es ley de Dios que lo universal de los conocimientos y aptitudes no se realice sino a costa de lo sólido y profundo. Caído de su prístina realeza por la culpa de Adán, semeja el hombre un monarca destronado, a quien por respeto a su origen, se otorga el señorío de una ciudad, cuando más de una provincia. NARIÑO lo abarcó todo, y en todo fue sólido y grande. Despertó la conciencia de una raza, mudó los ideales de un pueblo, organizó la primera república que hubo en nuestra patria, fue el fundador del periodismo político, el renovador de la agricultura en estas cumbres andinas.

A las de reformador, de sabio, de hombre de estado, unió las más singulares y egregias dotes de carácter. En él, la cristiana integridad de las costumbres privadas, el desapego de honras y caudales, iba en consorcio con la gentileza y blandura del porte, la refinada y sencilla cultura del gran señor, del perfecto caballero; y el trato suyo, familiar sin bajeza, y la conversación sabia sin parecerlo, graciosa sin vulgaridad, avasalladora sin violencia, lo hacía amo de las voluntades, rey de los corazones, dominador de cuantos lo rodeaban. *Beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.* Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

NARIÑO jamás se vio dominado por la ira; no supo lo que significa la palabra sorpresa; ignoró lo que se llama temor, y siempre fue dueño de su voluntad. Amó y odió, en el campo de las ideas, como aman y odian los titanes; tratándose de los hombres, supo siempre querer; aborrecer, jamás. No hubo nunca amigo más grato, adversario

más benévolo. Nadie le sirvió sin recibir recompensa; todo el que lo afrentó estaba de antemano seguro del perdón.

Hicieron estas prendas que NARIÑO fuese amado, casi hasta la idolatría, de los suyos; respetado de sus enemigos, admirado de los extraños. Un soldado peninsular se atrevió a fusilar a Caldas; ninguno fue osado a sacrificar a NARIÑO; Francia oyó, en la persona de Tallien, al revolucionario granadino; Pitt entabló negociaciones con un proscrito, pobre, sin recomendaciones, sobre la independencia de la América española.

Reciben los hombres superiores mayor participación que los simples mortales de los dones de Dios, y parecen participar también de la oscuridad y el misterio que velan a las inteligencias finitas la luz de la Verdad indeficiente. La vida del general NARIÑO es un arcano. Ingenuo por nacimiento, hijodalgo por educación y fortuna, abrazó la causa popular. Defendió y propagó en su mocedad doctrinas heterodoxas, y se hizo amar hasta el delirio por el clero, no sólo por los sacerdotes nacionales, sino por los españoles residentes en la colonia. Arrancó este reino a la corona de Castilla, y los peninsulares residentes en Santafé organizaron el *Escuadrón de San Fernando* para defender a NARIÑO en la guerra con las provincias; preconizó las más amplias libertades, y puso como lema de su partido *Orden y autoridad*; Bolívar, que le destruyó el centralismo en 1814, le dio su admiración y su confianza; los que compartían las ideas sobre autonomía de Nueva Granada lo persiguieron con indecible saña e impidieron que se le tributaran honras fúnebres después de su muerte.

II

Los pájaros canoros trinan en las mañanas de verano, mirando las nubecillas, que, como algodón escarmenado, flotan en el azul celeste; pero si los vapores se condensan, y se oscurece el firmamento y rezonga el trueno, se esconden y recatan temerosos en el nido. Y las aves nocturnas,

después de graznar y hacer presas en las tinieblas, se ocultan al rayar la luz del día. Así hay hombres revoltosos en épocas de paz, anonadados al estallar el primer tiro de fusil; predicadores de libertad cuando la libertad impera; mudos o aduladores cuando reinan los déspotas.

NARIÑO había realizado la independencia en el momento en que España se hallaba en lucha abierta con el vencedor de Europa entera. Los descendientes de Pelayo humillaron a Napoleón, en Bailén y Talavera, y cayó el coloso, enviaron sus tropas a la reconquista de América. En la táctica española y en los planes de Dios, Venezuela fue el teatro de la guerra de emancipación; allí surgió Bolívar, el mayor amor de mi alma después de Dios y de su Iglesia, a par de mi patria y de mis padres.

El Libertador pidió auxilios a Nueva Granada, y se dirigió a NARIÑO, Presidente de Cundinamarca, y al Congreso federal de Tunja. Hay adversarios que se acuerdan sacrificando los intereses a las ideas, y otros que se unen inmolando los principios a los intereses. Los primeros triunfan siempre; los segundos siempre sucumben. NARIÑO envió su contingente; Camilo Torres, Presidente del Congreso, mandó el suyo. El de Cundinamarca iba a las órdenes del Capitán don José María Ortega y Nariño. Eran ambos cuerpos de tropa sólo quinientos hombres. Pero entre ellos iban ciento cincuenta jóvenes, colegiales de San Bartolomé y el Rosario, que bastaban y sobaban a la empresa. Todos sucumbieron en la lucha, con excepción de cinco: Ortega, Vélez, Maza, París y Barriga, condecorados con la cruz de libertadores de Venezuela, generales de Colombia la Grande.

Pero el que mueve a los demás y permanece tranquilo no es un hombre. En 1813 los realistas se habían apoderado del sur de Nueva Granada. NARIÑO marchó contra los adversarios; las provincias, sacrificando resentimientos e intereses, le prestaron auxilio. Siguió con su ejército, inferior al del enemigo; venció en Palacé, Calibío, el Juanam-

bú—las Termópilas colombianas,—y en Tacines, y se dirigió triunfador a la ciudad de Pasto, en el límite meridional de la República.

Allí sucumbió, no a la mayor pericia y valor de los contrarios, sino a la traición de algunos de los suyos, a la fortaleza de los granadinos meridionales adictos al rey. El ánimo constante prefiere ser prisionero a fugitivo. NARIÑO se descubrió a sus triunfadores y fue conducido a la ciudad de Pasto, donde le encarcelaron en una casa de la plaza principal. El pueblo que acababa de vencerlo pedía amotinado la cabeza del prisionero. Apareció en uno de los balcones, abrazó el concurso inmenso con serena mirada y clamó con voz poderosa, pero tranquila: “Aquí me tenéis, yo soy NARIÑO!” Y todos se retiraron en silencio.

III

La corona del genio es el infortunio. Vino el dolor al mundo como consecuencia del pecado, y el hijo de Dios, al redimir al hombre, en lugar de suprimir el dolor, lo ennoblecó; lo convirtió de mal físico en fuente de bien moral; de castigo, en medio de alcanzar felicidad interminable. Esta es fe del cristiano y sentir de todos los hombres, que no se conformarían con César muerto en el Palatino, con Bolívar, emperador de América, con Colón nadando en honores y riquezas. Dios muerto en una cruz hace más partícipes de sus dolores a los que otorga mayores rayos de su luz infinita.

Pero todos los grandes hombres según el mundo han gustado, antes que el cáliz de la amargura, los honores del triunfo. NARIÑO no se adornó en vida, ni un siglo después de muerto, con los laureles de la victoria. Cuando estaban resonando en Santafé las dianas en celebración de Boyacá, nuestro compatriota no oía más ruido que el de las cadenas que lo tenían aprisionado: en vez del gentío innumerable que vitoreaba al Libertador Bolívar, no tenía más com-

pañero que una araña que había domesticado en la cárcel. Libre de prisiones, tornó a la patria que lo había elegido miembro del Senado; y en vez de entrar a la capital como precursor de la república, bajo arcos triunfales, entre el entusiasmo delirante del pueblo, se vio acusado de malversación de dineros coloniales en beneficio de la independencia; de no haber vencido en Pasto; de haberse ausentado del territorio nacional, para agonizar en la carraca de Cádiz, sin licencia del Congreso.

Pronunció entonces aquella admirable defensa, la nota más alta de la elocuencia profana en nuestra patria. Oído:

“Hoy me presento, señores, como reo ante el Senado de que he sido nombrado miembro, y acusado por el Congreso que yo mismo he instalado. Si los delitos de que se me acusa hubieran sido cometidos después de la instalación del Congreso, nada tendría de particular esta acusación: lo que tiene de admirable es ver a dos hombres que no habían quizá nacido cuando ya yo padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la república, política y militarmente, en los primeros puestos, sin que a nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias, por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público, sobre unos puntos que daban pábulo a mis enemigos, para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé a estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un Senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho a la república; y el poder decir sus mismas palabras al principiar el juicio: Oíd a mis acusadores, decía aquel grande hombre, oídos, señores, advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en

no permitirlo, daríais un golpe a esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado.”

Leída el acta de acusación, NARIÑO continuó:

“No comenzaré, señores, a satisfacer estos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia, y la compasión que naturalmente reclama todo hombre desgraciado. Nó, señores, me degradaría si, después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi carrera a solicitar que se violasen en mi favor. Justicia severa y recta es la que imploro en el momento en que se va a abrir a los ojos del mundo entero, el primer cuerpo de la Nación y el primer juicio que se presenta. Que la hacha de la ley descargue sobre mi cabeza, si he faltado alguna vez a los deberes de un hombre de bien, a lo que debo a esta patria querida, o a mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia a confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrase una acción que desdiga de la pureza de mi acreditado patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se puedan conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos entre el cielo y la tierra, a la vista de toda la república, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando sólo un cortísimo número de individuos del Congreso que no veían, porque les tenía cuenta no ver.”

NARIÑO fue absuelto por los votos de todos los senadores, menos de dos que no habían oído la defensa.

Colombia, la de la independencia, fue grande, pero Bolívar y NARIÑO eran mayores que ella, y las naciones en ciertos momentos no toleran en su seno elementos que las superen. El Precursor de la independencia, el fundador de la república, desengañado de los hombres, no de los ideales de libertad y patria, tuvo que retirarse a la solitaria Villa de Leiva, en busca de reposo al espíritu atribulado, no vencido.

Después de su muerte, se prohibió que un eminente sacerdote pronunciase desde este mismo púlpito, el elogio fúnebre del héroe; y un siglo después sus huesos inseultos no habían encontrado una humilde tumba en que reposar, y ni una estatua, ni un monumento testificaban la gratitud de la república. Loco habría sido NARIÑO si los móviles de su vida hubieran sido las glorias y los honores mundanos. Felizmente la razón de sus hechos fue el amor patrio, que es precepto de ley natural, virtud cristiana, merecedora de eterna recompensa.

IV

El acto más importante de la vida cristiana es la muerte, que es ocaso de la existencia presente y amanecer de la eterna. Saber morir es el esfuerzo supremo de la sabiduría. Arte es ésta que no se improvisa sino que requiere larga y esmerada preparación. Dios nos da, con tal fin, dos maestros sapientísimos, que son el tiempo y el dolor. En la juventud, lo pasado no existe, y lo porvenir se nos presenta a través de un prisma que todo lo tiñe con los colores del arco iris. Prevalece la imaginación sobre la inteligencia, el corazón sobre la voluntad, las pasiones sobre la razón. Cuando llega a la edad viril, el hombre ya sabe las lecciones de la experiencia, adivina que lo futuro será semejante a lo pasado; los matices de la ilusión se han desvanecido, y el entendimiento impera solo en las regiones del espíritu. El dolor madura la voluntad, como el sol los frutos de la tierra, y purifica el alma, como el fuego los metales preciosos.

NARIÑO, en su mocedad, defendió doctrinas opuestas a las enseñanzas de la fe; pagó tributo a las preocupaciones de su siglo, y esa fue una de las pocas debilidades de su vida. Los años, el estudio, los pesares, lo volvieron a la integridad de la fe de sus mayores, a las prácticas fervorosas y frecuentes de la piedad cristiana. La muerte no lo sorprendió: la estuvo aguardando con su serenidad acostum-

brada. La víspera recibió, con humilde devoción, los últimos sacramentos de la Iglesia. El postrero día fue a despedirse de sus parientes y amigos, como él dijo, *para el país de las almas*. Por la tarde, sentóse en medio de los suyos, se hizo recitar los salmos penitenciales, y pronunció estas palabras supremas:

“Amé a mi patria: cuánto fue ese amor lo dirá algún día la historia. No tengo que dejar a mis hijos sino mi recuerdo; a mi patria le dejo mis cenizas.”

Mostró en un reloj que tenía en la mano, que habían llegado las cinco; “Es tiempo,” dijo; hizo la señal de la cruz y entregó a Dios el espíritu inmortal.

V

A los hombres mediocres que brillan un instante es preciso tributarles pronto los póstumos honores, antes que se borren de la memoria de las gentes. Los varones inmortales pueden aguardar siglos la justicia de la historia y la gratitud del género humano.

Casi cien años después de fallecido el General NARIÑO la antigua provincia de Pasto, elevada a departamento de la república, tomó el nombre del héroe vencido allí mismo en 1814, y levantó la imagen de bronce del Precursor en la misma plaza donde él había exclamado: “Yo soy NARIÑO!” Bogotá erigió también estatua al más egregio de sus hijos; la Academia de la Historia ha investigado hasta el último detalle de aquella vida tormentosa, y se ha escrito la biografía por doctas y bien tajadas plumas. Está cumplido el vaticinio: la historia ha dicho qué tanto amó NARIÑO a su patria. Y la patria ha aceptado el legado de las cenizas y las ha puesto en ese mausoleo, noble y severo como aquel a quien se dedica. Nuestra ciudad que le arrulló la cuna, le guarda las reliquias con profunda veneración, con legítimo orgullo.

La Iglesia católica, generadora de toda grandeza, madre amantísima, que recibió a NARIÑO en su regazo a su

venida al mundo, lo ennobleció con el carácter de cristiano, supo apreciarlo en vida, lo apoyó en sus labores por la libertad y la patria, lo consoló en sus infortunios y le abrió las puertas de la dicha perdurable; ella ofreció asilo a las cenizas de su hijo egregio en otro lugar de esta basílica, y luégo le señaló puesto de honor en el sagrado recinto, y ha permitido que un ministro del altar glorifique a NARIÑO, desde la cátedra de verdad y de justicia.

¡Compatriotas y hermanos! Cuando paséis delante de ese sepulcro, inclinuos ante los restos del más ilustre de nuestros conciudadanos. Y meditad, siquiera breves momentos, en la pequeñez del hombre. El que hoy estamos honrando fue de los mayores de América. Y sin embargo, nació de una débil mujer, no alcanzó a doce lustros de vida, estuvo saturado de oprobios y pesares, y hoy, como dijo el poeta:

Puede el espacio que en la tierra ocupa
Con tres pasos de un niño ser medido.

Meditad también en la excelsitud de la patria, que tiene derecho a exigirles a sus hijos tamaños sacrificios. Tenemos otra patria, que es la Iglesia: vio el principio de todas las naciones y está destinada a ver el fin de todas ellas.

Sobre las luchas y las mudanzas, sobre las grandezas y las ruindades terrenales está Dios, inmutable, eterno, infinito; Dios que no muere, y cuya gloria permanece pura para siempre.

R. M. CARRASQUILLA

19 de Julio de 1913.